

PARTE I.

Isabel se presenta en el campamento.

No obstante que los reyes censuraran esta ostentacion de lujo, no dejaban ellos de desplegar grande estado y magnificencia real en las ocasiones convenientes. El cura de los Palacios refiere con prolija minuciosidad las circunstancias de una entrevista que tuvieron Fernando é Isabel en el campamento enfrente de Moclin, en 1486, en que se exigió la presencia de la reina para concertar el plan de las operaciones subsiguientes. Trascribiremos algunos de sus pormenores, aunque á peligro de parecer triviales á los lectores que toman poco interes en semejantes pequñeces.

En las orillas del Yeguas fué recibida la reina por un cuerpo avanzado al mando del marqués duque de Cádiz, y una legua mas adelante, á media de Moclin, la esperaban el duque del Infantado y la nobleza principal y sus vasallos, todos con magníficas galas. A la izquierda del camino estaba formada en órden de batalla la hueste de Sevilla; y la reina, saludando el pendon de aquella ilustre ciudad, mandó que pasase á su derecha. Los batallones que seguian hicieron los honores á Isabel bajando las banderas, y la multitud, llena de entusiasmo, anunció con alegres vivas la venida de la reina á la ciudad conquistada.

59.—Este caballero, cuyo nombre era Iñigo López de Mendoza, fué hijo del primer duque D. Diego Hurtado, que sostuvo el derecho de Isabel á la corona. Oviedo se halló presente en el sitio de Ilora, y da una descripción circunstanciada del estado con que el duque se presentaba. "Iba, dice este escritor, acompañado de un numeroso cuerpo de caballeros y nobles, como correspondia á tan gran señor: ostentaba todos los regalos propios de tiempo de paz; y sus mesas, esmeradamente servidas, estaban llenas de vajillas de plata rica y curiosamente trabajadas, de la cual tenia mucha mas abundancia que ningun otro grande del reino." En otro lugar dice: "El duque D. Iñigo era un verdadero Alejandro por la liberalidad que desple-

gaba en todas sus acciones, que eran propiamente reales, dando generosa hospitalidad á sus numerosos vasallos y dependientes, y era querido en toda España: sus palacios estaban guarnecidos de las mas costosas tapicerías, joyas y ricas telas de oro y plata; su capilla llena de buenos cantores y músicos; sus halcones, lebreles y todo su tren de caza, inclusa una magnífica caballeriza llena de caballos, no tenian iguales en los de ningun otro grande del reino. De la verdad de todo lo cual, concluye Oviedo, yo mismo he sido testigo, y otros muchos lo pueden declarar." Véase á Oviedo (Quincuagenas, MS., bat. 1, quinc. 1, diál. 8), que pone la genealogía de los Mendozas y Mendocinos en todas sus infinitas ramificaciones.

CAP. XI.

Acompañaban á la reina su hija la infanta Isabel, y una comitiva de damas de su corte que iban en mulas cubiertas de ricos jaeces. La reina iba tambien en una mula castaña, con sillón adornado de relieves de oro y plata, paño de color carmesí, y bridas de raso, curiosamente bordadas y con letras de oro. La infanta llevaba una falda de terciopelo sobre otra de brocado, mantilla color de escarlata, de hechura morisca, y sombrero negro guarnecido con bordados de oro. El rey salió á caballo á recibirlas á la cabeza de sus nobles: iba vestido de jubon carmesí y calzas de raso amarillo; pendia de sus hombros un manto de rico brocado, y una sobreveste de lo mismo cubria su coraza; llevaba ceñida al costado una cimitarra morisca, y debajo del sombrero tenia recogido el cabello con un gorro ó tocado de tela primorosa. Montaba Fernando un soberbio caballo de batalla, castaño claro. Refiriendo el magnífico séquito de caballeros que le acompañaban, Bernaldez se detiene con mucha satisfacción en el señor inglés de Scales. Éste iba seguido de cinco pajes con ricas libreas, vestido de punta en blanco, y encima llevaba un sobretodo frances de brocado de seda, color oscuro, y traia un broquete pendiente del brazo con bandas de oro, y en la cabeza un sombrero blanco frances con plumas; los jaeces de su caballo eran de seda azul, con franjas de color morado, y esmaltados con estrellas de oro; y cuando caracoleaba en su soberbio corcel, con una habilidad que escitaba la admiración general, parecia que no tocaba en la tierra.

El rey y la reina al encontrarse se saludaron mutuamente haciéndose tres reverencias. Despues la reina, quitándose el sombrero, se quedó con solo el tocado, y con el rostro descubierto; y Fernando se acercó y la besó afectuosamente en la mejilla, y luego hizo lo mismo con su hija Isabel, segun dice el puntual cronista, despues de darle la bendición. La corte pasó en seguida al real, en donde se habian dispuesto los aposentos convenientes para la reina y las bellas de su comitiva³³.

33 Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 80.—El vivo autor del libro titulado "A year in Spain" describe, en otras armaduras que se conservan en el museo de la Armería de Madrid, las que llevaron Fernando y su ilustre consorte.

"En uno de los parajes mas señalados está la armadura que llevaba ordinariamente Fernando el Católico. Le representan montado en su caballo de guerra, con calzas de terciopelo, á la moda de los moros, con la lanza levantada y baja-

Trajes que llevaban los reyes.

PARTE I. Claro es que en una guerra como ésta no dejarían los reyes de ape-
lar al principio religioso, tan profundamente grabado en el carácter
Devota conduc- español. Así es que todos sus actos públicos revelaban con ostenta-
ta de los reyes. cion el objeto piadoso de la grande obra que habían emprendido. A
sus expediciones les acompañaban eclesiásticos de la clase mas eleva-
da, que no solo tomaban parte en los consejos de guerra, sino que co-
mo el valiente obispo de Jaen, ó como el gran cardenal Mendoza, se
vestían el arnés sobre el roquete ó la capilla, y conducían sus escua-
drones á la batalla³⁴. La reina, que tenía su corte en Córdoba, cele-
braba las noticias de cualquiera triunfo contra los infieles con so-
lemnes procesiones, en accion de gracias, á que asistía toda la servi-
dumbre de su casa, y la nobleza y los embajadores extranjeros y los
funcionarios públicos. De la misma manera Fernando, cuando volvía
de campaña, era recibido en las puertas de la ciudad, y llevado con
solemne pompa debajo de un rico dosel á la iglesia catedral, en don-
de se prosternaba para dar gracias y adorar al Señor de los ejércitos.
Constantemente se trasmitían al Papa, las noticias de los triunfos y
adelantos que se hacían en la guerra, quien contestaba enviando su
bendición, y acompañando otras pruebas materiales de su favor en
bulas de cruzada ó subsidios sobre las rentas eclesiásticas³⁵.

La posesion de las plazas conquistadas se tomaba con ceremonias
tales que conmovían el corazón y la imaginacion. "El real alférez,
dice Marineo, levantaba el estandarte de la cruz, signo de nuestra re-
dencion, plantándole en la torre mas elevada del fuerte principal, y
los que le veían, hincándose de rodillas, adoraban en silencio al To-

Ceremonias
que se obser-
vaban al ocu-
par una ciudad

da la visera. Hay varias armaduras de
Fernando y de su esposa la reina Isa-
bel, que no era estraña á los peligros de
la batalla. Por la comparacion de las di-
mensiones de las armaduras, parece que
Isabel debió ser la mas gruesa de los
dos, así como fué la mejor." A year in
Spain by a young American (Boston,
1829), p. 116. *

* No es tan cierto como aquí se supone
que sean de Fernando ó Isabel las armadu-
ras á que se alude.—(N. del T.)

34 El cardenal Mendoza, en la cam-
paña de 1485, ofreció á la reina levan-
tar un cuerpo de 3.000 caballos y mar-
char á su cabeza á socorrer á Alhama,
y suministrarle ademas las cantidades
de dinero que fueran menester en aquel
caso.—Pulgar, Reyes Católicos, cap.
50.

35 En 1486 hallamos á Fernando é
Isabel haciendo una peregrinacion al
santuario de Santiago de Compostela.
Carvajal, Anales, MS., año 86.

dopoderoso, mientras los sacerdotes cantaban la gloriosa antífona *Te Deum laudamus*. Luego se enarbolaba la enseña ó pendon de Santia-
go, caballeroso patron de España, y todos invocaban su santo nombre.
Últimamente se desplegaba la bandera de los reyes con el escudo de
las armas reales, á cuya vista el ejército prorumpía á una voz ¡Cas-
tilla, Castilla! Despues de esta solemnidad, un obispo se dirigía á la
mezquita principal, y purificándola con los ritos acostumbrados, la
consagraba al servicio de la verdadera fe."

El estandarte de la cruz referido era de plata maciza, y habia sido
regalado por el papa Sixto IV á Fernando, en cuya tienda iba siem-
pre en estas campañas. Llevaban tambien en el campamento una gran
provision de campanas, cálices, misales, vasos de plata y otros uten-
silios sagrados, que la reina daba para las mezquitas purificadas³⁶.

La parte mas tierna de las escenas, que ocurrían ordinariamente
en la rendicion de un pueblo morisco, era el acto de poner en liber-
tad á los cristianos cautivos encerrados en sus mazmorras. En la to-
ma de Ronda, en 1485, se restituyeron á la luz del dia, mas de cua-
trocientos de estos desgraciados, algunos de ellos caballeros de cla-
se, que habian sido hechos prisioneros en la fatal expedicion de la
Ajarquia. Los libertados eran traídos á la presencia de Fernando, y
se postraban á sus piés regándolos con lágrimas, y sus rostros páli-
dos y macilentos, sus descompuestos cabellos, sus barbas hasta la cin-
tura, y sus miembros cargados de pesadas cadenas, arrancaban lá-
grimas á todos los espectadores. Les mandaban en seguida que se
presentasen en Córdoba á la reina, la cual aliviaba con liberalidad
sus necesidades, y despues de dar públicamente gracias al Todopode-
roso, los hacia conducir á sus casas. Las cadenas de los cautivos liber-
tados se colgaban en las iglesias, y allí permanecían espuestas á la
contemplacion y reverencia de las generaciones sucesivas, como tro-
feos de los triunfos cristianos³⁷.

Desde la victoria de Lucena los reyes hicieron un punto capital y
constante de su política el fomentar las disensiones de sus enemigos.
El jóven rey Abdallah, despues de su humilde tratado con Fernando,

CAP. XI.

Acto de poner
en libertad á
los cristianos
cautivos.

Política que se
segua de fo-
mentar las di-
visiones de los
moros.

36 L. Marineo, Cosas memorables,
fol. 173.—Bernaldez, Reyes Católicos,
MS., cap. 82, 87.

37 Pulgar, Reyes Católicos, cap. 47.
—Bernaldez, Reyes Católicos, MS.,
cap. 75.

PARTE I. perdió toda la consideracion de que antes habia gozado. Aunque la sultana Zoraya con su habilidad personal, y distribuyendo pródigamente los tesoros reales, consiguió mantener una faccion adicta á su hijo, los mejores de sus compatriotas le despreciaban como á renegado y vasallo del rey cristiano. Y viendo á su viejo monarca incapaz de desempeñar sus funciones en tiempos tan difíciles, por su avanzada edad y por haberse quedado ciego, volvieron la vista á su hermano Abdallah, llamado *El Zagal* ó *el Valiente*, que habia tenido una parte tan ilustre en la rota de los cristianos en la Ajarquia. Los castellanos pintan á este caudillo con los colores mas negros, acusándole de ambicioso y cruel; pero los escritores musulmanes no corroboran semejante concepto, y su elevacion al trono en aquella coyuntura parece que estaba justificada en cierto modo por sus eminentes talentos militares.

Al dirigirse el Zagal á Granada encontró é hizo pedazos á un cuerpo de caballeros de Calatrava, que habian salido de Alhama, y señaló su entrada en la capital llevando por sangriento trofeo de su victoria las cabezas de los muertos colgadas en los arzones de las sillas, segun el bárbaro estilo seguido por mucho tiempo en estas guerras³⁸. Se observó que el viejo rey Abul-Hacen no sobrevivió mucho á la proclamacion de su hermano³⁹. El jóven rey Abdallah fué á Sevilla

38 Conde, Dominacion de los árabes, t. III, cap. 37.—Cardonne, Histoire d'Afrique et d'Espagne, t. III, pp. 276, 281, 282.—Abarca, Reyes de Aragon, t. II, fol. 304.

“El enjaeza el caballo
De las cabezas de fama,”

dice una de las antiguas canciones moriscas. Parece que no se consideraba presente indigno de un caballero musulman á su dama una guirnalda de cabezas de cristianos. Así es que uno de los zegríes pregunta con arrogancia:

“¿Qué cristianos habeis muerto,
O escalado qué murallas?
¿O qué cabezas famosas
Habeis presentado á damas?”

Tambien llevaban esta especie de trofeos los caballeros cristianos. Se encuentran ejemplos de ello hasta los tiempos del sitio de Granada. Véase entre otros, el romance que principia:

“A vista de los dos reyes.”

39 El historiador árabe alude al rumor popular de haber sido asesinado el viejo rey por su hermano, pero nos deja á oscuras respecto á su opinion sobre el crédito que aquella voz mereciera: “Algunos dicen que le procuró la muerte su hermano el rey Zagal; pero Dios lo sabe, que es el único eterno é inmutable.” Conde, Dominacion de los árabes, t. III, cap. 38.

á solicitar la proteccion de los reyes de Castilla, que, fieles á su política, le volvieron á enviar á sus estados con auxilios para hacer frente á su rival. Los *alfakies* y otras personas prudentes de Granada, escandalizadas de estas fatales discordias civiles, procuraron hacer una reconciliacion, adoptando por base el dividir el reino entre los dos pretendientes; pero heridas tan profundas no podian curarse de un modo duradero. La situacion de la capital de los moros era muy á propósito para las contiendas de las facciones, porque la ciudad ocupaba dos grandes eminencias divididas por el rio Darro, y cada una de las dos parcialidades se apoderó de uno de estos opuestos cuarteles. Abdallah no tuvo á menos fortalecer su causa con el auxilio de mercenarios cristianos; y se dieron espantosas batallas, por espacio de cincuenta dias y sus noches, dentro de la ciudad, sumergida en la sangre que solo debiera haberse vertido en su defensa⁴⁰.

A pesar de estas circunstancias favorables, los progresos de los cristianos eran mas lentos de lo que se podia pensar. Cada monte estaba como coronado por una fortaleza, y cada fortaleza defendida con la desesperacion de hombres resueltos á sepultarse en sus ruinas. Cuando les ponian sitio, enviaban comunmente á Granada á los viejos, mujeres y niños. Y tal era la tenacidad, ó mas bien la barbarie de los moros, que Málaga cerró sus puertas á los fugitivos de Alora, despues de la rendicion de esta plaza, y aun mató á algunos de ellos á sangre fria. Por otra parte, la vista de águila del Zagal parece que abarcaba de una mirada toda la estension de su pequeño territorio, y descubria cualquier punto vulnerable de sus contrarios, á quienes salia al encuentro donde menos lo esperaban, y les quitaba los convoyes, sorprendia á los forrajeadores, y se vengaba haciendo algunas correrías por las fronteras⁴¹.

40 Conde, Dominacion de los árabes, t. III, cap. 38.—Cardonne, Histoire d'Afrique et d'Espagne, páginas 291, 292.—Mariana, Historia de España, lib. 25, cap. 9.—Mármol, Rebelion de moriscos, lib. 1, cap. 12.

“Muy revuelta anda Granada
En armas y fuego ardiendo,
Y los ciudadanos de ella
Duras muertas padeciendo;

Por tres reyes que hay esquivos,
Cada uno pretendiendo
El mando, cetro y corona
De Granada y su gobierno.” etc.

Véase este antiguo romance, en que se mezclan los hechos y la ficcion, con mas de los primeros de lo que suele acontecer en tales composiciones, en Hyta, Guerras de Granada, t. I, p. 292.

41 Entre otras hazañas, el Zagal sor-

PARTE I. Sin embargo, no podían oponer los moros ninguna resistencia eficaz y permanente contra las terribles máquinas de guerra de los cristianos, ante las cuales caían las torres y los pueblos. Además de las villas principales de Cartama, Coin, Setenil, Ronda, Marbella, Illora, llamadas por los moros el ojo derecho de Granada, y de Moclin á que titulaban "el escudo de la capital," y de Loja, que cayó después del segundo y desesperado sitio, en la primavera de 1486, Bernaldez cuenta que se tomaron en el valle de Cartama más de setenta plazas subalternas, cuyos nombres refiere, y otras trece después de la rendición de Marbella. Así adelantaron los españoles su línea de conquista más de veinte leguas adentro de la frontera occidental de Granada. Fortificaron bien este vasto territorio, y le poblaron parte con súbditos cristianos, y parte con moros de los primitivos ocupantes del país, á quienes prometieron la posesión de sus antiguas tierras bajo su propia ley ⁴².

Así fueron tomados sucesivamente los fuertes que podían considerarse como baluartes exteriores de la ciudad de Granada. Solamente quedaron unas pocas plazas capaces de detener al enemigo. La más considerable de éstas era Málaga, que por su situación marítima presentaba medio de comunicarse con los moros de Berbería, lo que no podían impedir enteramente los cruceros cristianos con toda su vigilancia. Sobre aquel punto se determinó por lo tanto concentrar todas las fuerzas de la monarquía, por mar y tierra, en la siguiente campaña de 1487.

prendió y batió al conde de Cabra en un ataque dado de noche sobre Moclin, y casi desquitó sobre este caballero su proeza de haber hecho prisionero al rey moro Abdallah.—Pulgar, Reyes Católicos, cap. 48. 42 Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 75.—Pulgar, Reyes Católicos, cap. 48.—Lebrija, Rerum Gestarum Decades, 2, lib. 3, cap. 5, 7; lib. 4, cap. 2, 3.—Mármol, Rebelion de moriscos, lib. 1, cap. 12.

Noticia de Hernando del Pulgar.

Los dos autores más notables por lo que hace á la guerra de Granada son Hernando del Pulgar y Antonio de Lebrija ó Nebrisanse, como le llaman del latín *nebrissa*.

Pocas noticias se conservan de la vida del primero. Fué, según parece, natural de Pulgar, cerca de Toledo. Los escritores castellanos distinguen en su

estilo ciertos modismos que pertenecen á aquella tierra. Fué secretario de Enrique IV, por quien se le dieron varias comisiones de confianza. Parece que continuó en su empleo cuando subió al trono Isabel, que le nombró cronista del reino en 1482, en cuyo tiempo, según se puede colegir de algunas frases de sus cartas, era ya de bastante edad. Este oficio comprendía en el siglo xv, además de las funciones propias de un historiador, el cargo íntimo y de confianza de secretario particular. "Era obligación del cronista, dice Bernaldez, llevar la correspondencia extranjera en servicio de su señor, procurando saber todo lo que pasaba en otras cortes y países, y por el tenor discreto y conciliatorio de sus cartas debía componer cualesquiera desavenencias que pudieran suscitarse entre el rey y su nobleza, y restablecer la armonía." Desde aquella época Pulgar estuvo cerca de la real persona, acompañando á la reina en sus diversas jornadas por todo el reino, así como en sus expediciones militares al territorio de los moros. Fué de consiguiente testigo ocular de muchos de los sucesos de la guerra que describe, y por su estado en la corte tuvo disposición para acudir á las fuentes más abundantes y fidedignas. Es probable que no sobreviviera á la toma de Granada, porque su historia está algo escasa en este periodo. La crónica de Pulgar, en la parte que contiene una ojeada retrospectiva de los sucesos anteriores al año 1482, puede ser censurada por sus muchas inexactitudes. Pero en todo el periodo subsiguiente se la puede considerar como verdaderamente auténtica, y tiene todas las señales de imparcialidad. Todo lo relativo á la guerra está referido con tanta puntualidad como precisión. Su manera de narrar, aunque prolija, es clara, y puede comparársela favorablemente con la de otros escritores contemporáneos; y todavía pueden compararse con mayor ventaja sus opiniones, en punto á liberalidad, con las de los historiadores castellanos de época posterior.

Pulgar dejó algunas otras obras, de las cuales solo se han publicado su comentario sobre la antigua sátira de "Mingo Revulgo," sus "Letras" y sus "Claros Varones," ó bosquejos biográficos de hombres ilustres. La última de estas obras contiene noticias de las personas más distinguidas de la corte de Enrique IV, que aunque sean unos panegíricos, son apreciables porque pueden servir para llegar á obtener un conocimiento más exacto de las personas notables de aquella época. La última y la mejor edición de la Crónica de Pulgar se publicó en Valencia en 1780, en la imprenta de Benito Montfort, en folio marquilla.

Antonio de Lebrija fué uno de los literatos más activos y eruditos de aquel tiempo. Nació en Andalucía, en 1444. Después de seguir los estudios ordinarios en Salamanca, pasó, siendo de 19 años, á Italia, en donde completó

Noticia de Antonio de Lebrija.

PARTE I. su educacion en la universidad de Boloña. Volvió á España, diez años despues, muy instruido en la literatura clásica y en las artes liberales, que entonces se enseñaban en las florecientes escuelas de Italia. No perdió tiempo en comunicar á sus compatriotas los varios conocimientos que habia adquirido. Fué nombrado para dos cátedras de gramática y poética (cosa de que no habia ejemplar) en la universidad de Salamanca, en donde desempeñó una y otra á la vez. Posteriormente le eligió el cardenal Cisneros para una de las enseñanzas de su universidad de Alcalá de Henares, en donde fueron recompensados sus servicios liberalmente, y gozó de la confianza mas completa de su patrono, que le consultaba en todos los asuntos relativos á aquel establecimiento. Allí continuó dando lecciones y esponiendo los antiguos clásicos á numerosos oyentes, hasta la avanzada edad de 78 años, en que murió de un ataque de apoplejía.

Lebrija, ademas de su enseñanza oral, compuso obras sobre multitud de asuntos, filológicas, históricas, teológicas, etc. Su enmendacion del sagrado testo fué censurada por la inquisicion, circunstancia que no debe perjudicarle con la posteridad. Estuvo lejos de hallarse reducido á las estrechas opiniones de su tiempo. Tenia un generoso entusiasmo por las letras, que comunicaba á sus discipulos, entre los cuales se cuentan algunos de los hombres mas ilustres de aquella época. Su enseñanza hizo en favor de la literatura clásica en España lo que hicieron los trabajos de los grandes literatos de Italia del siglo xv en su país, y fué recompensado con la gratitud positiva de los de su tiempo y con los vanos honores que puede dar la posteridad. Por muchos años se celebró el aniversario de su muerte con oficios solemnes y oracion fúnebre en la universidad de Alcalá.

Las circunstancias que acompañaron á la composicion de su crónica latina, tantas veces citada en esta historia, son muy curiosas. Carvajal dice que él mismo puso la crónica de Pulgar, despues de la muerte de este escritor, en manos de Lebrija, á efecto de que la tradujera al latin. Éste trabajó en su empresa hasta el año 1486. Pero su historia difícilmente puede llamarse traduccion, porque aunque sigue el mismo orden de los sucesos, se diferencia en muchas ideas nuevas y en hechos particulares. Esta obra incompleta se encontró entre los papeles de Lebrija, despues de su muerte, con un prefacio en que no decia una sola palabra de que hubiera tomado mucho ni poco de Pulgar. Fué publicada de consiguiente como obra suya original por primera vez en 1545 (que es la edicion á que se refieren las citas hechas en esta historia) por su hijo Sancho. Veinte años despues se publicó la primera edicion de la Crónica original de Pulgar, en Valladolid, por la copia que perteneció á Lebrija, y por el cuidado del nieto de éste, Antonio. Esta obra se dió tambien

como de Lebrija. Pero se conservaban copias de la Crónica de Pulgar en diferentes librerías particulares; y dos años despues, en 1567, se vindicaron sus justos derechos con una edicion que se hizo en Zaragoza, en que se puso por nombre de autor el de Pulgar.

La reputacion de Lebrija padeció por estos particulares algun menoscabo, aunque muy injustamente. Parece probable que adoptó el testo de Pulgar por base del suyo, proponiéndose continuar la historia hasta un periodo posterior. Habiéndose encontrado su manuscrito incompleto entre sus papeles, despues de su muerte, sin referencia á ningun autor, fué bastante natural que se diera á luz considerándole en un todo obra suya. Mas estraño es que la Crónica propia de Pulgar, impresa posteriormente como de Lebrija, no contuviera mencion alguna de su verdadero autor. Esta historia, aunque está escrita respecto del periodo que comprende con bastante esmero y pompa de estilo, al cabo no podia añadir mas que muy poca cosa á la fama de Lebrija: á lo sumo no hacia mas que añadir una hoja á su corona, y ciertamente no valia la pena de cometer un plagio.